

LA TRIBUNA

El Museo del Mar por ver

ÁNGEL R. CABEZAS Y QUINTÍN CALLE
SOCIEDAD ERASMIANA DE MÁLAGA

Treinta siglos ha que Malaca, sentada junto al mar, los codos en sus rodillas y la cara entre sus palmas, ve a la gente salir y llegar, y también quedarse a vivir, prendada de su morada. Ha visto soles ardientes y oscuras noches en calma, amaneceres brillantes y atardeceres de nácar. Ha visto mares dormidos y, enfadados con rabia, destruir la paz de su ensenada. Ha visto rielar la luna en sus tranquilas aguas de plata y pintores enloquecidos por encontrar los colores que su imaginación desconocía. Ha visto a músicos componer rumores de su caleta y pescadores vivir con la vida de sus aguas. Ha visto amantes seguir la huella de sus pasos y recoger lo que ella, sin sentir, abandonaba. Luego, al tímido amante, pulir en la intimidad de su casa, hasta hacerlas revivir, las cosas que a los demás se les escapa.

Nos gustaría volver a contar la historia de Miguel López Mateos, el amante que ha hecho de los restos un fetiche y de su casa un museo. Hace más de cinco años (18-07-2006) que QCC publicaba en SUR un artículo, cuyo último párrafo decía: «(...) Pensamos que el Museo del Mar sería el complemento ideal a una deseable institución de estudios marinos que nos falta. Rescatar el pasado y presentarlo es ofrecer la base más sólida a una formación práctica de las generaciones futuras. Otros museos de 'historias' proyectados para Málaga necesitan justificarse, este Museo del Mar viene con marchamo de autenticidad, pues es el ajuar natural de una hija del Mar».

Dos años después (23-05-2008) ARC publicaba 'El museo del mar de Málaga'. En él se alegraba de que finalmente se hubiese firmado un acuerdo para que la colección de instrumentos náuticos de Miguel López se integrase en el futuro Museo Marítimo de Andalucía. Hoy, más de tres años después, lamentamos que la mejor colección de objetos navales en calidad y conservación de cuantas conocemos en el territorio nacional, siga varada en la esterilidad administrativa, con el riesgo inminente, ya avisado, de su marcha a otras latitudes, que disfrutan de organismos municipales más atentos a la conservación de nuestra historia marinera.

Mientras tanto Miguel permanece imperturbable en su taller, ajustando con paciencia infinita sextantes o girocompases, acicalando la escafandra del último buzo, componiendo barógrafos o maquetando con minuciosidad las instalaciones del último 'Tintero' de las redes de los pescadores de la bahía. Cuando Miguel se frota los ojos y abandona un momento su peculiar astillero doméstico, Dirk sabe muy bien que ha salido a contemplar con sus ojillos can-

sados, allá a lo lejos, la raya donde el mar se transforma en cielo. Y es entonces cuando lamenta que su colección de bellos, de excelentes objetos e instrumentos navales, no se queden para siempre en Málaga. Se lamenta de que una gran parte de su biografía, de su vida marinera, en ellos representados, tenga que viajar a otro puerto. No comprende, por qué la Administración en Málaga, ciudad y provincia con excelentes puertos deportivos, cruceros y con rai-gambre marinera en los 175 kilómetros de litoral no haya sabido encontrar, hasta ahora, la fórmula para que las piezas de su colección, seleccionadas con amor durante toda su vida, integren el necesario Museo del Mar de Málaga. Miguel no puede comprender eso. Nosotros tampoco.

Expertos en la materia afirman que el coste de esta necesaria empresa representaría una de las mejores inversiones para la ciudad, excelente terapéutica, además, a la nefasta situación económica por la que atravesamos. El Museo de Mar es fuente de riqueza, es fuente de cultura y es una necesidad histórica. Es, sin duda, un regalo que los malagueños deben darse a sí mismos.

A lo largo de estos años Miguel ha mantenido más de doscientas reuniones con responsables de diferentes áreas: Ayuntamiento, Comandancia de Marina, Puerto, Aula del Mar, Academia de Ciencias, Liga Naval, Universidad... Se formaron comisiones mixtas, complejas y numerosas. Se encargaron estudios a expertos. Fuimos invitados a una de esas reuniones donde constituíamos parte de una muchedumbre. Concluyó -como habitualmente suele suceder- con la propuesta de volverse a reunir. Su colección ha sido visitada por políticos, científicos, marinos, directores de otros puertos, presidentes de autonomías, alcaldes y concejales de cultura de éste y de otros municipios costeros.

Sabemos muy bien que hasta ahora Miguel ha rechazado sistemáticamente, una y otra vez, sin rendirse, todas las ofertas ajenas, pues su sueño es que su colección se quede en Málaga. Pero también sabemos muy bien, que la firmeza en la decisión tiene un límite, que se puede sobrepasar en cualquier momento. Algunas piezas de la colección forman ahora parte de la Exposición 'Malaespina y la Exploración del Océano', en el Ámbito Cultural de El Corte Inglés. Este artículo quiere sólo llamar una vez más la atención de quien corresponda, para que las más de trescientas piezas e instrumentos, recogidos, reparados, mimados, por Miguel durante toda su vida marinera, algunos con valor histórico incalculable, inicien lo que bien podría ser el mejor Museo del Mar de Europa. Está por ver.

